



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Luisa Campos)



—Buena boda tuvimos,
¡leñe, qué boda!
y... por eso nos vamos
á otra parroquia.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La vela de San Ramón, por Fiacro Yrázoz.—Victoria, por José Estremera.—Recuerdos de la función, por Juan Pérez Zúñiga.—El cura de Vericuetu, por *Clarín*.—Fin de siglo, por Calixto Navarro.—Menadencias, por Angel Ruiz de Obregón.—Carne de tablas, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Luisa Campos).—Sobre motivos d: Tenorio (dos viñetas).—Día de difuntos (cinco viñetas).—El cura de Vericuetu (tres viñetas).—España cómica (Cáceres), por Cilla.

DE TODO UN POCO.

El pueblo de Madrid ha conmemorado con verdadera unción cristiana la fiesta de los difuntos, sin perjuicio de entregarse al buñuelo y demás comestibles simbólicos.

Casi todos mis conterráneos, excepción hecha de los ministros salientes, que no están para nada, se han entregado á la meditación sobre el reposo eterno.

—¡Ay!—decía un viudo inconsolable.—¡Qué esposa he perdido! Era una verdadera mujer de su casa. ¡Qué disposición la suya! Ella para barrer, para hacer dulce, para pagar á la criada, para todo...

—Vamos, tranquilícese usted, D. Ceferino.

—No puedo; hace diez y ocho años que la perdí para siempre, y aún se me figura verla con un refajo amarillo y unas chancletas, barriendo debajo de las camas. ¡Pobre Telesfora!

En días así de meditación y recogimiento, nadie se atreve á ofender la memoria de los difuntos, y hay dependiente infeliz que ha pasado los mejores años de su vida bajo la férula humillante de un farmacéutico, hoy difunto, y decía, sin embargo, con acento conmovido:

—Era una gran persona D. Camilo. Algunas veces se irritaba y quería tirarme á la cabeza el bote del bicarbonato, pero luego volvía en sí, y si le pedía usted la camisa, se la daba.

Los cementerios se han visto ocupados por la gente sensible que iba allí á depositar coronas y á entablar diálogos fúnebres.

—¡Usted por quién viene?

—Yo vengo por una tía que era una santa. Puede que la *haiya* usted conocido porque vendía churros en la calle de la Ruda y tuvo una *cuestión* con una amiga sobre unas copas de aguardiente, *lo cual* que la otra la dió dos puñaladas.

—Pues yo ando buscando á mi esposa y no sé dónde para.

—¡La tiene usted aquí?

—Yo no sé si está aquí ó en el cementerio de San Justo, porque cuando la enterraron yo estaba como loco...

Algunos, después de derramar las lágrimas que se usan en estos casos, se fueron á echar unas copas, con la amargura en el semblante y la hiel en el corazón.

Una viuda romántica fué á colocar por sí misma una corona de violetas de trapo sobre la tumba fría que guarda las cenizas de su esposo.

—¡Arturo!—exclamaba mesándose los cabellos.—Ya no *equiesistes*, pero tu *imagen* está aquí, *gravada* en mi corazón.

Por la noche vimos á la viuda en el café devorando una chuleta de cerdo con patatas en compañía de un sujeto hizo que bebía aguardiente.

—¿Es su padre?—preguntamos al mozo.

—No, señor; es el que le come la viudedad.

Á pesar de la tristeza que embargaba los ánimos, la gente ha acudido á los establecimientos públicos en busca de distracción; y los cafés eran insuficientes para contener la multitud de padres de familia que había ido á olvidar los sinsabores del mundo deleznable y ruin.

—Pepa—decía el esposo á la esposa.—¿qué vas á tomar?

—No sé si estará bien que en un día como éste tomemos leche merengada.

—Yo, por si acaso, voy á tomar café, que es bebida más seria.

—¡Ay!

—No pienses en cosas tristes, Pepa.

—No se me borra de la imaginación el recuerdo de mamá. ¡Cuánto le gustaban á ella estos ratitos de café! ¿Te acuerdas de la última noche que vino con nosotros?

—¿No me he de acordar? ¡Qué fea estaba con aquella capota verde!

—¿Cómo quieres que estuviera la pobre con el padecimiento que tenía?

—Bueno, pero ¿de qué se murió por fin?

—¿No lo sabes? ¡Ignoras que se le secó una pierna?

En aquel momento aparece el pianista del café y saluda al matrimonio con estas palabras:

—¡Dichosos los ojos que ven á ustedes!

—¿No sabe usted lo que nos ha pasado?—pregunta la señora enjugándose las lágrimas con la servilleta.

—Ni una palabra.

—Pues hemos perdido á mamá.

—¿Se extravió?

—No, señor; se nos cayó por las escaleras, y desde aquél día ya no fué mujer.

—¡Parece mentira! ¡Una señora que estaba tan gruesa!

—Pues todas aquellas carnes se le convirtieron en gelatina, y por último se le secó una pierna.

—¡Infeliz!

El matrimonio se extiende en consideraciones fúnebres sobre las cosas de este mundo y lo caras que cuestan las medicinas, y acaba por despedirse del pianista, después de guardar en el bolsillo los terrones sobrantes.

Por grande que sea la pena de los que tienen difuntos en los cementerios, nunca podrá asemejarse á la que experimentaron el otro día algunos ministros dimitentes.

Cuando salían del Consejo, más que burócratas insignes, parecían estropajos; tal era su abatimiento.

Uno de ellos llegó á su domicilio, quitóse las botas, metió los pies en unas babuchas y se puso á llorar arrimado á una mesa.

—Señor—dijole el criado,—¿quiere vucencia que vaya por alguna medicina? ¿Está enfermo vucencia?

—No, Manuel; no es medicina lo que yo necesito. Es el sombrero apuntado, la casaca, el espada... todo lo que constituye la suprema investidura que acabo de perder.

—¿Cómo? ¿Ya no es vucencia, digo, ya no es *usia* ministro?

—No.

—¿De modo que le han quitado á usted la cartera?

—Sí.

—¿Pues sabes lo que *te* digo? Que me alegro.

Y nosotros también.

Luis Taboada.

*

LA VELA DE SAN RAMÓN

—No es nada, no haga usted caso! yo le juré y le prometí que esto ya no se repite.

¡Tenga usted calma, señora, que dentro de media hora ya ha salido usted del paso!

—¡Ay, doctor! ¡Siento un dolor y un... vamos... un malestar!...

—Tome usted un poco de azahar y se pondrá usted mejor.

Es claro, está usted nerviosa y eso le molesta á usted.

—¿Conque estoy nerviosa, eh?

¡Lo que estoy es otra cosa!

¡Qué agonía! ¡Qué tormento!

¡Esto ya no hay quien lo aguante!...

—¡Vamos, calma... un solo instante!...

—¡Ay, Dios mío! ¡Otro dolor!

¡No lo puedo resistir!...

¡Ay, yo me voy á morir!

¡Ay, yo me muero, doctor!

¡Ay! ¡Si yo hubiera sabido de antemano lo que era esto, créame usted, don Modesto, no me hubiese decidido!

¿Y se ríe usted? ¿Por qué?

¡Me gusta su sangre fría!

—Déjeme usted que me ría, señora, déjeme usted!

—¡Nada, ya no hay salvación!

Dígale usted á la Manuela que encienda, por Dios, la vela del bendito San Ramón.

Y si este santo permite que hoy salga bien del aprieto,

que esto ya no se repite.

¡Una y no más! ¡Sí, señor!

Lo juro y lo cumpliré.

¡Hombre, no se ría usted, hágame usted el favor!

¡Virgen Santa! ¡Qué agonía!

¡No paedo más!

—¡Bueno! ¡Ahoral!...

—¡Ya se ha acabado, señora!

¿Ve usted lo que le decía?

—¡Vamos, por fin acerté!

—¡A que está usted ya mejor?

—Mucho mejor, sí, señor.

—¡Es natural! ¡Lo ve usted?

—¡Qué alegría! Y yo que estaba muerta de miedo y de espanto...

¡Y resulta que no es tanto como yo me figuraba!

No es que lo llegue á olvidar,

pero tengo para mí que una enfermedad así bien se puede soportar.

Mas... ¡calle! ¡Qué distracción!

Dígale usted á la Manuela que apague pronto la vela del bendito San Ramón.

Es tal la virtud que tiene,

que no quisiera gustarla.

Necesito conservarla...

¡para el invierno que viene!

Fiacro Yrázoz

SOBRE MOTIVOS DEL TENORIO



—Los demás no han caído en ello, pero á mí no se me escapa nada. ¿No pasa la acción en Sevilla? Pues yo digo: «Marmo en quien doña Iné en cuerpo zin arma ecizte...» y así es como tiene carácter la obra.



—Yo... gallardo y calavera, ¿quién á cuento redujera mis empresas amorosas?

¡Victoria!

I

—Tranquilo vé, mi hermoso caballero; vence, hamilla, derrota al moro fiero, que, pues vas á la guerra, yo deploro no poder ir contigo contra el moro. Pero, sí, que mudando nombre y traje á tu lado estaré; seré tu paje. Es vano que te opongas, yo te sigo para, si has de morir, morir contigo, y por si tienes de vencer la gloria, á tu lado gozar de la victoria.

II

—Ya sé, moro traidor, mi triste suerte. En tu poder estoy, dame la muerte. Matarme, á tu valor será un ultraje; ¡gran victoria es vencer á un pobre paje!
—Paje no tal, hermosa castellana.
—¡Qué!

—Te he visto bañarte esta mañana y eres ¡fingido paje! una doncella y me has enamorado por lo bella. Si lograra gozar de tus favores fueran tus castellanos vencedores, porque yo con mis huescos, niña hermosa, emprendiera una faga vergonzosa; mas, logrando tu amor, haré hechicera, ¡que me juzgue la historia como quiera!

III

Clarines y añafiles y atabalcs hacen en la ciudad salva y señales de que viene el ejército cristiano victorioso del fiero mahometano. Vedlos; se acercan ya. Viene el primero con su paje el hermoso caballero, coronado de lauros y de gloria tremolando el pendón de la victoria.

José Estremera.

*

RECUERDOS DE LA FUNCIÓN

Á MI ALEGRE AMIGA CLEMENCIA CORNEZUELO

¿Sabes que anoche fué de primera la memorable función casera que á los amigos nos diste tú?
¡Qué sainetito! ¡Qué melodrama!
¡Vaya un gracioso! ¡Vaya una dama!
¡Cómo les vimos hacer el bu!

Podré olvidarme, linda Clemencia, de las miradas que hasta en presencia de tu marido, que es un chacal, le dirijas, brindando amores, al comandante de cazadores don Sinforiano del Berrocal.

Daré al olvido los tropezones que dió aquel pollo de los faldones sobrecogidos por la emoción.
Daré al olvido los cinco gallos que dió Pepita Valdeloscallos cantando el área del salchichón.

Daré al olvido lo que reiste con los bigotes de estopa triste que sacó el duque del Alcanfor.
Podré olvidarme del rey Edipo y hasta del rato que duró el hipo del juez que hacía de apuntador.

Podré olvidarme de la butaca que bajo el peso de doña Paca se hizo pedazos junto al sofá, y del soponcio de la Ruperta cuando tu perro quiso en la puerta tirarse á Pura Carratalá.

Lo inolvidable seguramente, pues no se borra tan fácilmente, fué la patada monumental que en un pasillo muy tenebroso, lleno de celos, me dió tu esposo por confundirme con Berrocal.

Podré olvidarme del sombrerete de coliflores que en el sainete lució Conchita Caparazón.
Podré olvidarme del punto blanco que en el reverso mostró Luis Franco por ser muy frágil su pantalón.

¿Qué he de ir á otra función casera? Iré si tienes juicio siquiera durante el curso de la función, y si le amarras á tu marido con la cadena que le han traído para su perro desde Londres.

Juan Pérez Suñiga.

*

Día de difuntos.



—¡Si, me pondré de hinojos sobre la tumba del gran poeta, leeré mi elegía, y estoy seguro de que me lo agradecerá desde el cielo! ¡Le gustaban tanto, ¡ay! infeliz estas cosas!

—¿Te acuerdas del pobre Indalecio? Si viviera entavía, ¡con qué gusto hubiera venido con nosotros á visitar su sepultura, para echar un trago á la vuelta!



—Este que viene detrás tiene las mismas facciones que mi difunto, me mira como mi difunto y... debe tener más dinero que mi difunto.

—¡Dichosos los difuntos que ya no penan, y los que al cementerio van de merienda!

—¡Cuánto agradecerá el alma del pobre Remigio esa corona que le hemos puesto!
—Pues mira, puede que no; porque hay esposos muy desagradecidos.



El cura de Vericúeto.

(SEGUNDA PARTE)

II

Metido en una aldea, viviendo de pitanzas, alguno que otro sermónzaco y la pensión de marras, que repartía con la demás familia, vegetaba mi juventud, sin encontrar la reina de Saba en cada rincón frondoso; llevando las tentaciones de bolina; criando mucha sangre, que no se me pudría, pues se gastaba en correr de aquí para allá, madrugar mucho y servir bien en mi oficio. Pero si no me hacía la lujuria tirarme de espaldas ó de vientre sobre cardos y abrojos, otra comezón me apuraba y era la de la ganancia que no conseguía, el prurito del medro codicioso, apegado á mi espíritu como sarna heredada ó cogida en la penuria miserable de los míos, en aquel hogar tan pobre en su hidalguía, tan acongojado con los apuros de cada cena, de cada par de zapatos, de cada teja que se rompía, de cada árbol que se secaba. Soñaba yo, así literalmente, con los miedos de hambre que años y años había pasado en casa de mis padres, y para toda la vida se me había pegado el hábito de pensar y anhelar constantemente en la pecunia y por la pecunia.

Parecíame la cosa más seria del mundo, la realidad más realidad, más inexorable, más fija en sus leyes. «Con el dinero no se juega», pensaba yo (¡ojalá no hubiera jugado nunca con el dinero!), esto era para mí un dogma; de todas las demás cosas tenía yo mis dudas, veía en el fondo de las preocupaciones humanas algo de ilusión, de fantasía, que si los pusilánimes no advertían, los valientes notaban, desengañados y atrevidos, sabiendo que no es bien muy seguro el que se puede perder cuando cualquier cosa se arriesga. Esta especie de semi-escepticismo burlón (respecto de las cosas temporales, por supuesto) servíame, como á otros, para osar mucho y con cierta gracia, por el escaso valor que previamente daba á lo que podía ir perdiendo... Mas esto en cosas que nada tuvieran que ver con los cuartos. Así, verbigracia en las de amor propio, honores, concepto ajeno, lindezas de la ropa ó del ajuar casero, firmeza de las amistades y otras vanidades del mundo, como el mérito de nuestros actos, verdad de las doctrinas y opiniones, etc. etc. Si se me hablaba de milagros, yo creía todos aquellos que tenía obligación de creer, mas otros muchos en que las leyes naturales que se torcian nada tenían que ver con la marcha económica del mundo; mas en milagros de dinero no creía;



porque parecíame á mí que en esto de los maravedises la seriedad exigía que no hubiese excepciones y que todo de antemano se pudiera calcular sin temor á inexplicables sorpresas. Dios mejor que nadie sabía cuánta formalidad se necesita en el comercio, en el cambio, en el crédito, y era seguro que todo lo tenía de modo inalterable dispuesto en las leyes á este orden relativas. Sin contar con que los milagros eran para fines espirituales, para dar frutos de religión, y la plata y el oro cosas rematadamente terrenas, perecederas y mundanas. El Señor había vuelto la vida á los muertos, la vista á los ciegos, la salud á los paralíticos, pero á los pobres les había mandado tener paciencia, y no les había llenado la bolsa más que con el buen consejo dado á los ricos de que les abandonaran sus riquezas. Por donde se veía que el mismo Dios, que sacaba la salud, la vista, la vida, de los abismos de su gracia, no había querido disponer así, por cosa vil, del dinero, y no encontraba otra manera de hacerlo pasar á unas manos que el sacarlo de otras, prueba de la perpetuidad y fijeza de las leyes del cambio.

Por toda esta teología yo paré en el más empedernido jugador de solo y tresillo de todo el Arciprestazgo. ¿Qué hacer? No había para un pobre capellán otra manera de procurarse un peculio adventicio fuera de los mezquinos derechos que me valían el altar y el púlpito, los entierros y otras menudencias. Y en mí el afán de legítimo lucro era invencible. Además, lo que yo hacían los clérigos rurales en general jugar y más jugar; en esto no se distinguían los buenos de los malos, jugaban todos.

Ibamos de rectoral en rectoral, de fiesta, siempre los mismos curas con los mismos *espada mala basto*; unos con la buena estrella de los estuches, otros siempre pasando *transeat!*

Ya se sabía, en cada parroquia había dos fiestas por lo menos: la sacramental y la del santo patrono. Además, había hijuelas, capillas y ermitas y otros santuarios con sus romerías, misas cantadas y correspondientes comilonas de honrados levitas que no ofendían á Dios con su buen apetito, inocentes bromas y bueno ó mal naípe. Verdad es que, como ya llevo advertido, á veces, á última hora (una hora muy larga que solía prolongarse desde las doce de la noche hasta las cuatro ó las cinco de la mañana), se echaba, con gran misterio y cierto picante remordimiento, la *santina*, ó sea su poco de monte; y aunque no digo yo que parezca muy bien el modesto óbolo de una pitanza, ganada con el canto llano y los sublimes psalmos del rey poeta, confiado á la mudable condición de una sota ó de un caballo; ni sostengo que sea conforme á los cánones que una imitación de Bossuet ó de Beaudoune se emplee, verbigracia, en un entrés trasnochado, ello es que mayores delitos registra la historia de los papas, y no había otra manera de matar el tiempo sin nota malicia.

No sólo jugábamos en las casas rectorales y de los clérigos sueltos, sino en las de algunos amigos que, aunque no pertenecían á la iglesia docente, eran muy buenos camaradas, fieles hijos de la iglesia, y algunos grandes espadas en el difícil arte de la malilla.

El conde de Vegarrubia era el núcleo de los jugadores de tre-

sillo y demás, clérigos y seculares, en doce leguas á la redonda. Criado y educado en París, allí había gastado muchos millones y mucha salud, y ahora le encontraba más gracia que á lucir caballos y tiros lujosos en el Bosque de Boulogne, á darse tono de experto tresillista y arriesgado en todo juego de azar delante de media docena de curas de aldea ó caciques de campanario.



Todavía era muy rico, y eso que seguía gastando en disparates que, si no eran como los discurridos en París, no eran menos extravagantes y costosos. No tenía idea del mérito del dinero, y con todo no pensaba en otra cosa, con talde pensar en el juego: divertíase viendo rabiar á los pobres que perdían y desafiando con la suya la serenidad ajena ante los golpes de la adversa fortuna. Yo, á lo menos, de mí sé decir que en cuanto el conde, que además muy delicadamente sabía mostrar la superioridad que atribuía á su noble sangre, se me plantaba cara á cara con cierta sonrisita y unos ojos fríos y corteses invitándome con mucha gracia á probar fortuna, á disputarme los favores de la suerte y á manifestar sangre fría ante los desdenes de la voluble deidad del abismo, ya estaba yo todo erizado de orgullo, recordando el abolengo puro de mi

desgraciada hidalguía, siempre muy pobre, pero siempre muy linajuda. Mucho más grande, pienso ahora, era mi valor que el suyo, pues mi pasión á los cuartos era mucho mayor, no por el juego, sino por el metal mismo, y las cantidades mismas suponían mucho más para mí inopia incurable que para su riqueza sin suelo. Y ahora he de notar que sólo en las malas comedias las pasiones son tan exclusivas que no dejan ver otras flaquezas; yo, á más de amigo de la legitima ganancia, era muy partidario de los pergaminos de mi familia, cuyas pretensiones linajudas me parecían tanto más dignas de defensa cuanto más la pobreza de muy antiguo había venido probando el oro de ley de nuestra hidalguía.

Entre los vecinos y amigos de más lejos que frecuentaban la tertulia del conde había algunos mayoraznetes y dos ó tres barones y vizcondes. Uno de aquéllos, el barón de Cabranes, me interesaba á mí por su buena figura, aristocrática de veras, aunque melancólica y algo delicadilla, y sobre todo porque sabía de él desgracias análogas y aun superiores á las mías. Muerto su padre, había quedado á la cabeza de una muy numerosa familia en que abundaban las señoritas, que no se casarían jamás por falta de dote y sobra de necesidades ficticias: eran nobles y no eran ricos. iban camino de la ruina como D. Quijote á la cena en el castillo sin quitar la celada. Era el de Cabranes joven muy afable, siempre triste y taciturno... y jugaba como un desesperado, no al tresillo, que no sabía, sino en cuanto se ponía el cober- tor (costumbre misteriosa) para los juegos de azar ó de envite.



Una noche, después de una francachela en casa del conde, en la cual se me hizo á mí beber mucho más de lo acostumbrado, ya á muy altas horas de la noche, la suerte, el diablo se empeñó en ponernos uno frente al otro al barón y á mí; todo lo ganaba él ó todo lo ganaba yo; golpes fuertes de prosperidad ó de extraño revés iban y venían de él á mí, dejando como en la sombra á los demás jugadores, el conde inclusive, que, envidioso, en vano hacía locuras de andacia con su dinero para disputarnos la aten-

ción de todos. Era todo esto el tremendo desafío que se preparaba entre bromas corteses y fraternales, entre alegría de clérigos bonachones, en la excitación de la buena pero algo excesiva bebida.

Llegó un momento en que yo le ganaba un dineral al barón de Cabranes; algunos curas, menos amigos del oro que yo ordinariamente, pero también menos capaces de rasgos de grandeza y menos cuidadosos del brillo de su raza, me daban con el codo para que dejase de tentar á la suerte y me retirase con mi ganancia, que á ninguna trampa ni cosa fea debía; pero más caso hacía yo de los impulsos generosos del vino, también generoso, de la nobleza que inspira la suerte que sopla favorable, y particularmente de las miradas y sonrisas del conde, que parecían decirme: «Vamos, plebeyo, retírate si te atreves: ¡si lo estás deseando, hidalgué! Sólo un noble como yo es capaz de seguir dando el desquite hasta que salga el sol á este pobre barón que pálido y tembloroso, por más que disimule, ya empieza á jugar sobre su palabra acaso más de lo que tiene». Yo no cejaba; ganaba siempre y siempre daba el desquite.

Clarín.

(Se continuará)

FIN DE SIGLO

El arte está de luto, caballeros;
no nacen escritores;
Talia no da mas que... zapateros,
y en la cuestión vital de *mataorts*
apenas hay un par de novilleros,
según dicen las gentes, muy peores
ó, haciéndoles favor, muy chapaceros.

Un chico que le lleva la comida
al escribiente cuarto Pepe Vedia,
asegura que tiene concluida
para *echarla* este *iverno* una comedia,
pero el *vate* asegura muy ufano
que *necesita* quien le dé la mano.

Pascual, un zapatero muy sesudo
que pone medias suelas con engrudo,
va á *debutar*, si es cierto lo que dice,
en el circo de Price,
y lo mismo se canta *La mascota*
que le pone dos lañas á una bota.

Sé de una cocinera, guapa chica
que al arte del *bell canto* se dedica,
y de una cosetera
que en Rins y otros excesos
ha hecho ya cinco veces *La vaquera*,
echándole los hombres... hasta besos.

¿Y si es el que me rapa?
Ya se deja coleta y tiene capa,
y el domingo en Vallecas
fué tal el alboroto,
que le arrojaron dos gallinas lluecas
y tres botinas y un botijo... roto;
y este verano, á condición que viva,
le va á dar *Sarampión* la alternativa.
¡Fin de siglo! ¿y aún tienes quien te alabe?
¡Que se acabe, Dios mío, que se acabe!

Calixto Fluvasto.

MENUDECIAS

Las estrellitas del cielo
son almas de enamorados,
que al arder en su cariño
iluminan los espacios.

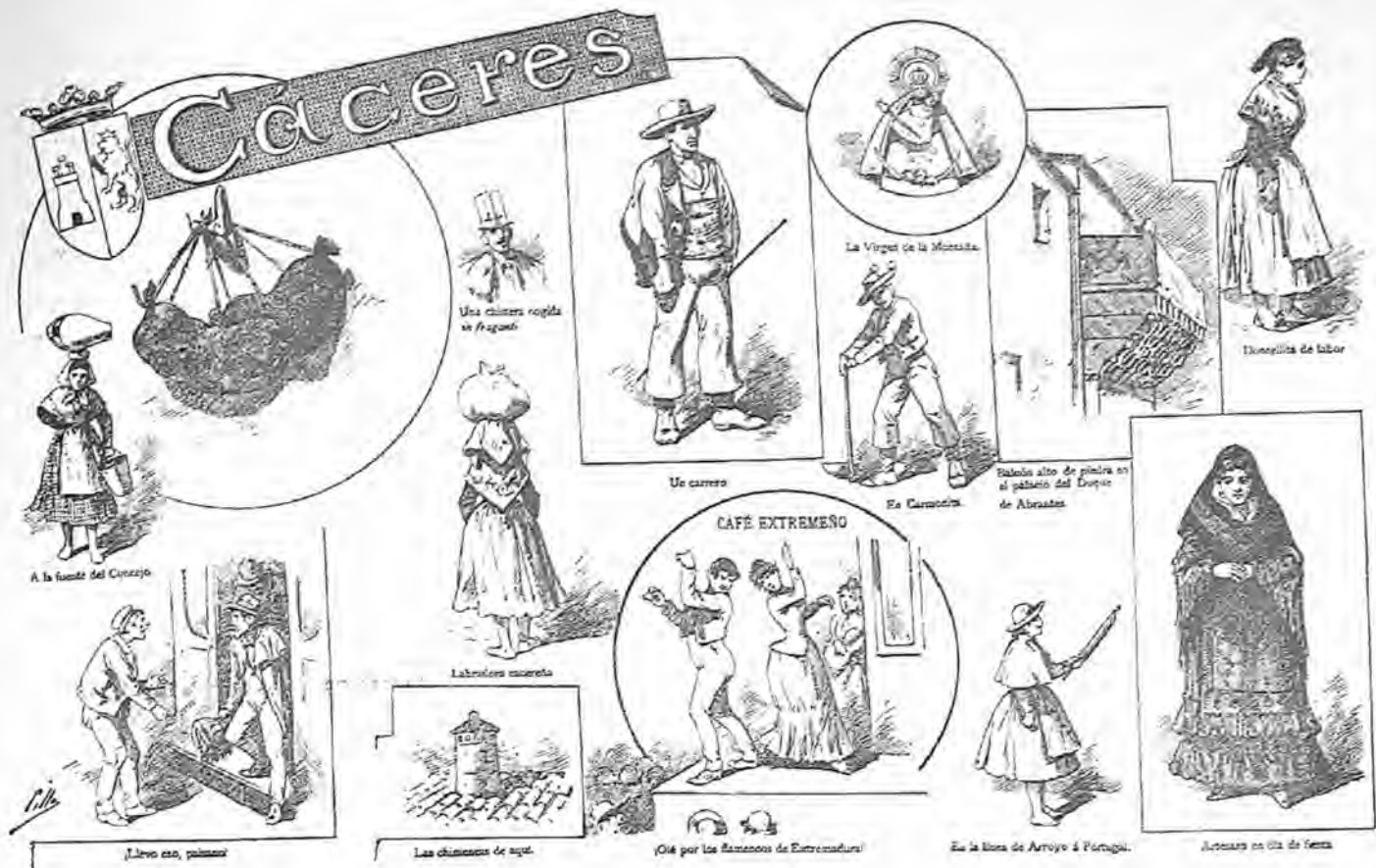
En los ojos rasgados y negros
brilla ardiente mirada de amor;
el dichoso mortal á quien miras
¿seré acaso yo?

De tus labios delgados y rojos
brotó lánguida frase de amor;
el dichoso mortal á quien hablas
¿seré acaso yo?

En tu seno turgente de diosa
he sabido que anida el amor;
el dichoso mortal que le inspira
¿seré acaso yo?

Angel Ruiz de Obregón.

ESPAÑA CÓMICA.



CORNE DE TABLAS

El esposo tocaba de higos á brevas la flauta, en un teatro de los de piezas, cuando había un maestro que le quisiera (que no le había siempre por suerte negra), y por soltar sus notas graves ó tiernas le daban cada noche cuatro pesetas. Como el teatro tiene bastantes quiebras, no se hacen millonarios los de la orquesta, y el flauta de mi cuento, lleno de deudas, siempre estaba á los bordes de la miseria. Entre tanto la esposa, flacucha y seca, escasa de alimentos y harta de penas, le ayudaba cantando siempre en hilera con otras infelices pobres como ella. Como es un aliciente de las zarzuelas el de echar en los coros carne á la fiera y procurar que goce la concurrencia contemplando muchachas lindas y frescas, por puro compromiso la corista del flauta, lacia y enteca.

Una noche, en su triste guardilla infecta,

contraída la frente por la tristeza, el músico las horas pasaba en vela junto á una pobre cuna casi deshecha, donde dormía un niño como unas perlas el intranquilo sueño que da la anemia. La infeliz criatura, de frío yerta, en un montón de trapos temblaba envuelta, y el músico velaba con honda pena solo... hasta que volviese su compañera.

Llegó al fin la corista. Sobre una mesa dejó los cinco duros de la decena, y... envueltos en un trozo de colcha vieja, sus trajes de colores, dijes, cadenas, toneletes, corpiños, mallas y medias. —¿Qué es eso? dijo el hombre. —Nada, que me echan. —¿De dónde? —Del teatro. —¿Por qué? —¡Por feal!

Y llorando en silencio, sin más protestas, desanudó la colcha, sacó sus prendas y echó en la cuna un peto con lentejuelas, para abrigar al ángel que había en ella.

Sinesio Delgado.

CHISMES Y CUENTOS.

ILMO. SR. DIRECTOR GENERAL DE CORREOS.

May señor mío y de mi consideración y respeto: En mala hora vengo á importunarle, puesto que con el teje-maneje político de estos días, al que V. S., por el elevado puesto que ocupa, no puede ser extraño, no estará el ánimo de V. S. para atender súplicas ni para fijarse en pequeñeces como la que motiva este suelto.

Sin embargo, como la susodicha pequeñez parece que no es nada, y representa uno de los granitos de arena en que se asienta el pedestal de la justicia, creo de mi deber no echarla en olvido, aun á riesgo de que el cambio de ministros, que es, al parecer, cosa transcendental y grande, impida que se falle oportuna y equitativamente mi pleito.

Tengo en cuenta, al insistir sobre él en tan deplorables circunstancias, que si (lo que no permita Dios) V. S. hubiera presentado la dimisión al publicarse estas líneas, otro habrá ocupado inmediatamente la vacante, por ser estas sustituciones fáciles y hacederas, mientras si me resigno y lo dejo, podrían resentirse la justicia y la ley, cosas ambas más firmes y sólidas que la dirección general de su digno cargo.

Es el caso que, en contestación á mi respetuosa y humilde queja del número anterior, he recibido una carta del segundo jefe del Correo central, D. José Alcalde, tan cortés, tan atenta y tan bien escrita que (¡oh poder de la galantería y de las buenas formas!) en un tris ha estado que me convenciera de la sinrazón de mis reclamaciones.

Decía yo, y lo repito por si no ha llegado á conocimiento de V. S., que me parecía injusto que en la central se me exigiera el franqueo de los paquetes del periódico á razón de un céntimo de peseta por cada ejemplar, puesto que entendía que todas las tarifas del servicio postal tenían por base el peso del objeto franqueado, y no creía legal ni razonable esa excepción en contra mía.

En apoyo de mi tesis citaba, entre otras cosas, el coste del timbre que, en mi opinión, representa la equivalencia exacta de los sellos, la desproporción enorme que para algunos periódicos resulta entre uno y otro sistema de franqueo, y la dificultad casi insuperable de que los empleados de Correos deshicieran, revisaran y contaran todos los paquetes de un periódico para ver si efectivamente contenían tantos ejemplares como céntimos llevaban en la faja.

Á nada de esto, como era natural, ha podido contestarme el dignísimo y atento segundo jefe, porque semejantes honduras no son de su incumbencia, y se ha limitado á demostrarme que cumple con su deber remitiéndome una hoja impresa por la dirección general en que consta la tarifa oficial para la correspondencia.

En esa tarifa hay una casilla, la concerniente al caso, que dice así:

PERIÓDICOS		
Remitidos por las empresas y franquicias por medio del timbre.		No timbres han o presentados por particulares.
Tipo de peso.	Por cada kilogramo.	Por cada número suelto.
Kilogramos.	Pesetas.	Céntimos.
Península, Baleares, Canarias, posesiones españolas del Norte de África y costa occidental de Marruecos.....	10	3

De donde se deduce que estamos conformes en el fondo, pero que los señores empleados ó yo nos equivocamos en la interpretación... ¿Por qué? Por la falta de claridad y estaba por decir que de gramática.

A mi entender, el espíritu de la ley es éste: Los periódicos, en paquete, deben pagar tres pesetas por cada diez kilogramos; los ejemplares sueltos, pesen lo que quieran, un céntimo cada número.

Y así ha venido interpretándose hasta la fecha. Porque ¿de dónde se deduce la obligación para las empresas de timbrar precisamente para no ser tratadas como particulares?

Y ¿por qué un particular que deposite en el correo un paquete de periódicos ha de tener que declarar el número de ejemplares que contiene? Y ¿quién se lo declara si deposita el paquete en el buzón? Es que van los empleados á deshacer todos los paquetes entregados en esta forma para ver si hay defraudación y exigir la diferencia al destinatario? Y ¿quién los hace, ata y arregla de nuevo para dejarlos como estaban?

Y entrando en otro orden de consideraciones, sin ánimo de perjudicar á nadie, por supuesto, ¿por qué ha de costar una peseta la conducción á Santander de cien ejemplares de la *Revista de España*, pongo por ejemplo, que ocupan medio vagón, y una peseta también la de cien ejemplares de *Gil Blas*, que se llevan cómodamente en el bolsillo?

Como ve V. S., empieza uno á hacer resaltar disparates y no acaba. La intención clara y manifiesta del legislador ha sido que los paquetes de periódicos pañen según su peso, timbren las empresas ó no timbren, y que por los ejemplares sueltos se pague un céntimo, que es el mínimum de franqueo, así como por una carta sencilla, de quince gramos, se pagan quince céntimos, y se aumenta progresivamente el coste, á medida que se aumenta el peso.

Por eso, y no por otra cosa, se dice lo del número suelto, para diferenciarle de los atados, ó sean los paquetes.

Pero, en fin, dejando aparte estos detalles menudos, vamos á lo fundamental, que es lo que importa.

Yo pregunto respetuosamente á V. S.: ¿Es ó no es el peso de los objetos franquizados la base del precio del franqueo?

Fíjese V. S. en lo que contesta, si tanta honra alcanzo, porque, si V. S. dice que sí, resultará que me han sacado unas cuantas pesetas indebidamente (pesetas ¡ay! que me cuestan muchos sudores), y si dice V. S. que

no, habremos de quitar el granito de arena de que se ha hecho referencia más arriba.

Queda enteramente á la disposición de V. S.

MADRID CÓMICO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Amin.—Yo creo que se equivoca usted en sus apreciaciones, y que está usted en desacuerdo con la mayoría del público; pero, en fin, ¿qué remedio cada año tiene su gusto.

Lachuguino.—Sí... la cuestión es que están mal medidos casi todos, Y tienen un ritmo antipático al oído, por añadidura.

X. H.—¡Caramba! El romance está admirablemente hecho. Parece de Bastillo. El asunto es el que no me place, por desgracia. ¡Es tan vulgar en sí!

Sr. D. A. B.—Madrid.—¡Por Dios! Si no son versos verdaderamente, ¡Si es prosa rimada!

Un poeta de pistón.—Malita le ha salido á usted la de la muestra. *Chica y bonita* no son consonantes durante el interregno parlamentario.

¿Valen?—Poquita cosa y con poquita gracia.

Uno de elevada estatura.—No está mal del todo la silva; pero el asunto, ¡caracoles! siempre tropezamos con la vulgaridad del asunto.

El bachiller Valenzuela.—Y ¿por qué no he de leer lo que usted me mande? Sí, hombre, sí; y con mucho gusto seguramente.

El Cairo.—Sí, en los cantares, como en todas las cosas, hay que huir de los lugares comunes y de los pensamientos gastados.

Anécdotas.—Demasiado sería... sin pizca de humorismo.

El principiante.—Una de dos: ó no es usted principiante de veras, ó lo ha copiado usted para darme una broma. Inclínmonos á lo último.

Sr. D. F. M. V.—No sé cómo sería la otra; pero á juzgar por ésta... ¡no ha adelantado usted nada absolutamente!

Quintín.—No puedo aprovechar nada.

Sr. D. R. A.—Madrid.—Del soneto me hacen gracia los dos últimos versos, salva sea la *cojera* del penúltimo. Dicen así:

«Ahora ten en cuenta que espera á tanta vanidad una ¡ay! mortaja!»

¡Pocas veces se habrá puesto un ¡ay! tan oportunamente! Lo malo es que hubiera estado mejor en el verso de más arriba.

El tío Gorduras.—Pues los defectos son muchos, si se ha de decir la verdad. Las décimas resultan medianillas á consecuencia de eso.

El conjuncionero.—Muy bien imitado el estilo de López Silva. Tan bien imitado que parece suyo *tabuente*. ¿Por qué no hace usted cosas de otro género?

Sr. D. J. G. T.—Remítala de nuevo firmada.

Yo.—La carta particular está bien; es graciosa. La composición... no la entiendo. Veamos una muestra de las francamente festivas.

Fulano de Tal y Cual.—Lástima de tiempo, de papel, de tinta, de sello de franqueo y de cinco céntimos del cartero... ¡Se ha perdido todo!

Un escalor.—Se mete usted en hondas filosofías, pero he leído con gusto su carta porque está bien escrita. Y lo bien hecho bien parece de todas maneras.

Fray Sarta.—¡Padre, por Dios! ¡que no tiene vuesa merced ni la más remota idea de los consonantes!

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANABARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID :E99.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 disp.º
Teléfono 234.